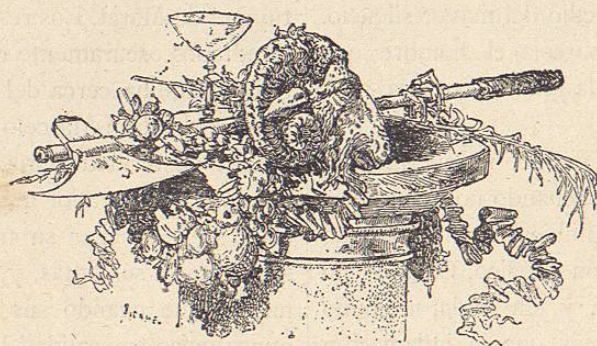


gran culpa. Mirabeau triunfante hubiese cerrado tal vez el paso á un Robespierre, pero Bonaparte hubiese venido á su hora, la revolución hubiera siempre triunfado de la contrarrevolución, y en vez de la guillotina hubiéramos tenido que deplorar los pelotones de ejecución.

Puede la posteridad absolver á Mirabeau, ya que la muerte fué tan benévola con él que se lo llevó á tiempo de no perderse irremisiblemente, pero no abrirle de nuevo las puertas del panteón. Quédese en Clamart; Mirabeau tiene necesidad de ser olvidado, para que pueda entusiasmar la sombra del diputado de la Asamblea nacional. Es necesario olvidar

que sus grandes discursos, que todos lo fueron, no son la obra de un patriota, sino de un cómico, es necesario olvidar que deben leerse viendo lo que hay escrito entre líneas.

El editor que los publique, poniendo al pié de ellos los comentarios que él mismo escribió, y que La Mark tuvo la crueldad de conservar, y que Luís XVI encerró en armario de hierro y en el seno de un muro para que no se perdieran para la posteridad, este levantará sobre la losa que cubre sus restos, el monumento único que merece, quien teniendo alientos de gigante se arrastró como una culebra.



CAPITULO XI

FUGA DEL REY

Consecuencias de la intervención del Papa.—Breve pontificio de 10 de Marzo de 1791.—El clero juramentado: Lomenie de Brienne y Tayllerand.—El clero papista: el cardenal de Rohan.—Resuelve el rey escapar de París.—Su carta á Bouillé.—Opónese éste á los proyectos del rey.—Tenacidad de éste.—Montmorin y Barnave.—El gobierno se asocia con Lameth y Dupont.—Cómo debe juzgarse de la actitud de los jefes del club de los Jacobinos.—La corte rechaza su protección.—La Cuaresma de 1791.—Actitud provocativa del rey.—Los Cordeliers pregonan «La gran traición del rey de los franceses.»—Proyecta el rey salir de París.—18 de Abril de 1791.—Opónese el pueblo parisién á su salida.—Lafayette y Danton.—Satisfacción dada por Montmorin.—Cómo le engañaba la corte.—Enérgica actitud de la Asamblea.—Bouillé escribe al rey diciéndole que no puede contar más que con él.—Réplica del rey.—Robespierre en la Asamblea.—Resiste solo á la reacción.—Sus derrotas y triunfos.—Robespierre anula á Lameth y Barnave.—El 15 de Mayo de 1791.—Robespierre pide la abolición de la pena de muerte: es derrotado.—Vuelve la corte á la política de dejar hacer para preparar su huida.—Trabajos de María Antonieta.—Apoya sus planes con repugnancia su hermano el emperador Leopoldo.—Acúdense al rey de Prusia.—Planes del emperador.—Impaciencia de la reina.—Nuevas amonestaciones del emperador.—Llegan tarde á París.—Cómo se juzgaba la escapada del rey por la nación.—El 20 de Junio de 1791.—Si se tuvo noticias de los planes del rey para salir de París.—Medidas tomadas para impedirlo.—Casualidades.—El conde de Fersen.—La salida de París.—El coche.—Es descubierto el rey: Drouet.—Divúlgase la noticia de la escapatoria en París.—Las víctimas de la escapatoria.—Serena y firme actitud de la Asamblea y del pueblo parisién.—Son detenidos los reyes en Varennes.—Regresan á París el 25.—Actitud de París.—Situación del rey.—Se le suspende en el ejercicio de la potestad real.—Enérgica actitud de Malouet.—Armamentos nacionales.—Intentan los constitucionales salvar al rey.—Doble de éste.—Intransigencias de los ultras.—Cazales y el abate Maury.—Protesta y retirada de la Asamblea de los 290 diputados de la derecha.—Carta amenazadora de Bouillé.—Cómo se iba preparando el camino á la república.—Tomas Paine, Petion, Brissot y la señora de Roland y la de Condorcet.—El 13 de Julio: suspensión de derecho del rey.—Errados juicios de Sybel.—Declara la Asamblea inocente al rey: enérgica actitud de Robespierre y de Petión.—Los Jacobinos.—Propóneles Robespierre que se consulte á la nación si quiere ó no conservar el rey.—Danton, Legendre y otros le apoyan.—Triunfa el acuerdo de la Asamblea.—Actitud del pueblo parisién.—Cierre de los teatros.—Aprueba el dictamen la Asamblea el 15.—Laclos en los Jacobinos: pide que se firme en el campo de Marte una protesta dirigida á la Asamblea.—Robespierre y Brissot le apoyan.—Carácter de la proposición Laclos: maneja orleanistas.—Decreto de la Asamblea del 16.—Los Cordeliers revelan la trama de los orleanistas.—Retírase la petición del altar de la federación.—Retíranse los republicanos.—Brissot declara sostenerla enmendada por su cuenta.—El 17 de Junio de 1791.—Asesinatos.—La Asamblea ordena despejar el campo de Marte.—Descargas.—Actitud heroica de Lafayette y de la guardia nacional.—Imprudente y fatal conducta de Bailly.



A intervención del Papa iba á dar á la revolución francesa un carácter más franco. Hemos dicho que había sido una insigne tontería el someter al clero á la formalidad del juramento cívico, y ahora hemos de decir que el Breve

del Papa de 10 de Marzo de 1791 suspendiendo de sus funciones á todo eclesiástico que no retractara su juramento dentro de ocho días, era una grande imprudencia.

Verdad es que de uno y otro lado se tiraba á

la guerra civil, y la culpa era de la Asamblea que más que otro poder alguno debía procurar evitarla, pero ya que así no sucedía, ¿qué podían esperar de ella los que la fomentaban con sus dichos y hechos? El clero juramentado á cuyo frente estaban por su dignidad Lomenie de Brienne y Tayllerand, tenía una actitud digna procurando no dar motivo alguno por el que se pudiese tildar su conducta de príncipes de la Iglesia, y esta reserva, naturalmente, había de llevar á su lado á los espíritus rectos del clero, tanto más, cuanto veían al frente del clero ortodoxo, papista ó puritano nada menos que al cardenal de Rohan empeñado en encender la guerra civil en Alsacia, en un país que apenas era francés, en un país fronterizo.

Esta actitud facciosa del clero que en Bretaña produjo sangrientos conflictos alentaba en la corte el proyecto de la fuga del rey, desaconsejado por todos los hombres de experiencia, Bouillé á quien escribió el rey el mismo día en que el Papa lanzaba su Breve, diciéndole que se preparase para recibirle en la plaza fuerte de Montmedy para últimos de Abril, reprobaba la resolución del monarca, pues comprendía el valiente marqués por lo que veía á su alrededor, que su fuga de realizarse era el señal de una guerra cuyo fin no se podía preveer, y que en caso de que se malograra el plan, el rey quedaba de hecho en rehenes en manos de la revolución. Pero Luis XVI, como todos los hombres de cortos alcances, era testarudo, y como no le diera miedo la guerra civil, sin duda recordando que Carlos I de Inglaterra la sostuvo victoriosamente por varios años sin ayuda de extranjeros y cuando ahora España, Inglaterra y Alemania estaban dispuestas á darle la mano, desoyó todas las amonestaciones y persistió en su plan. Esto cuando Montmorin reconciliado con Mirabeau y desconfiando de Lafayette buscaba por otro lado que el de los guardias nacionales del americano, los medios de resistencia que el rey había perdido.

Montmorin había conseguido ya entablar relaciones con Barnave, quien dice Sybel, «se revoltaba cada día más por la grosería y cinismo de los movimientos populares. Los Lameth y los Duport creyeron apercibirse de los vulgares agitadores, que hasta entonces habían servido de instrumento, y que ahora armaban tumultos por su cuenta desbordándose de todos lados. Principiaban ya á dudar de su poder en el club de los Jacobinos que habían fundado. Después de la muerte de Mirabeau, encontrábanse en el momento más crítico en la vida de los demagogos; en el momento de ir á coger el ti-

món, principiaban á ver con otros ojos los instrumentos de desorden hasta entonces empleados. En su consecuencia, Alejandro Lameth tuvo algunas entrevistas con Montmorin; el ministro de la guerra Duportail, hasta entonces amigo de Lafayette, se volvía del lado del sol levante y no quería más guías que Lameth y Duport.»

Ahora bien, cuando de todo esto el rey había de estar impuesto, cuando estaba á punto de tener tal vez una mayoría adicta en la Asamblea nacional, el rey, la corte, trataban á los nuevos amigos como había tratado á Mirabeau, y es, como se ha dicho, que los reyes no querían ser salvados sino vengados, y así corriendo tras de su venganza precipitaron su ruína.

Engañados los reyes por la agitación religiosa, creyendo que la intervención del Papa y las censuras de los prelados habían exasperado á la masa de la nación, creyeron que había llegado el momento de obrar por su parte. Pascua se acercaba y el rey declaró que no quería cumplir sus deberes parroquiales con curas juramentados, y en París, naturalmente, en funciones, no los había de otra clase. La gravedad de esta resolución se comprenderá cuando se sepa que habían ocurrido en París tumultos muy graves durante la Cuaresma, por no querer muchos particulares más que el servicio de los curas refractarios, en lo que indudablemente estaban en su derecho, pero no es por cierto menos indudable, que su actitud era subversiva dada la que había tomado el clero refractario, júzguese, pues, del efecto que había de producir en París la noticia de que el rey había pública y solemnemente celebrado la Pascua en la capilla de las Tullerías, oficiando un cura refractario.

La prensa desbordó por todos lados pregonando por París «la gran traición del rey de los franceses,» y los Cordeliers fueron más adelante, pues fijaron en las esquinas unos carteles en los que se denunciaba á los tranceses «al primer funcionario público como rebelde á las leyes que había jurado.» Ahora bien, en medio de la agitación de París y sin prevenir á nadie, da orden el rey, —18 de Abril de 1791, —para que se engancharan sus coches para Saint-Cloud á donde quería retirarse con su familia y servidores.

Público el hecho formáronse inmediatamente compactos grupos para impedir la fuga del rey; la guardia nacional acudió, también Lafayette se presentó y no pudo convencer á los reyes de que desistieran de su propósito, á pesar de que lo mismo el pueblo que los guardias nacionales le habían ju-

rado al general que los reyes no saldrían de París, y como no había derecho para negar al rey su salida como no fuera aceptando la responsabilidad de la coacción, Lafayette se marchó á las Casas Consistoriales para que proclamasen el estado de sitio y se enarbolara la bandera roja. Pero allí estaba Danton miembro del Directorio departamental y gracias á éste se negó al general todo lo que pedía. Acordóse, empero, que un miembro de la municipalidad fuera á convencer al rey de los peligros de su situación, y el rey desistió, y se quedó en palacio, pero con el propósito de soliviantar más los ánimos, pues al otro día se presentó en la Asamblea á protestar de lo ocurrido, declarando entre otras cosas «que la Constitución civil del clero formaba parte de la Constitución que había jurado mantener; y cuya ejecución mantendría con todo su poder; pero que no quería abdicar de su libertad y de su derecho y que persistía en marchar á Saint-Cloud para que la nación viera que él era libre. Cuatro días más tarde Montmorin enviaba una circular á las potencias extranjeras explicando lo que había pasado, de la manera más favorable al elemento popular, y en ella aseguraba que la unión del rey con el pueblo era tan indestructible como su adhesión á la Constitución. De modo que la corte continuaba comprometiéndose á todo el mundo, y así no es de extrañar que los que presentían en todas partes la conspiración, como el ministro de la guerra, se apresuraran á quitarle á Bouillé los dos regimientos más fieles á la disciplina militar, y que expidiera la terrible orden autorizando la entrada de los soldados en los clubs. El resultado de estas medidas fué una inmediata declaración de Bouillé á Luis XVI diciéndole que no contase más que con él, pues sus tropas estaban inficionadas del más venenoso espíritu democrático. El rey le respondió manteniendo su resolución.

Hoy que sabemos cuán falaz fué en todas esas circunstancias la conducta de la corte, hoy no podemos censurar á los hombres que la denunciaban por su hipocresía y por su espíritu contrarrevolucionario. ¿Cómo censurar á Danton, á Marat, á Desmoulins por la actividad y energía que desplegaron contra la salida del rey, cuando la ida á Saint-Cloud no era más que la primera etapa del viaje á Montmedy?

La muerte de Mirabeau dejaba vacante el puesto de director de la revolución; Lameth, Barnave y Duport hubieran podido ocuparlo, si ese triunvirato que tanto trabajó contra Mirabeau hubiese continuado firme en su puesto, pero se le sentía vacilar en su fe, más ó menos se conocían sus relaciones

con los ministros, y así fué como dejaron el paso á Robespierre que los destruyó á todos en menos de dos meses.

Robespierre no pudo impedir que la Asamblea nacional decretara que sólo podían formar parte de la guardia nacional los ciudadanos activos, esto es, los que pagaban la contribución directa que es la que capacitaba para ser elector. Esta medida era subversiva para provincias, pues en París, como ya sabemos, en su casi totalidad no contaba más que ciudadanos activos, pero Robespierre que en la sesión del 7 de Abril había hecho ya renovar la proposición que causó á Mirabeau la entrada en el gobierno, haciendo que se decretara que individuo alguno de la Asamblea nacional podría ser ministro dentro de los cuatro años siguientes á su disolución, presentó el 15 de Mayo la proposición que tanto se le ha censurado y reprochado, por la que no podían ser reelegidos para la próxima Asamblea los miembros de la Asamblea nacional. La Asamblea votó al siguiente día la proposición.

Censurar á Robespierre por la proposición del 15 de Mayo que no es más que un corolario de la del 7 de Abril, es negarse á la evidencia de las circunstancias que impusieron una y otra. Cuando se quiso inutilizar á Mirabeau no fué Robespierre quien tomó la iniciativa y A. Lameth y los suyos pudieron creer que habían dado un gran golpe. Robespierre, repitiéndola ahora contra Lameth y Barnave continuaba aquella política que cerraba el paso al poder, á los que transigían con la reacción. El 15 de Mayo no es más que el 7 de Abril. La Asamblea nacional toca á su fin, la conspiración ó flojedad de los jefes de los Jacobinos es evidente, él está á su lado lo mismo en la Cámara que en el club, y ya no ve en ellos los primeros en las más atrevidas y audaces revoluciones, los primeros en obrar. Robespierre, pues, adquirió el convencimiento de que nada se podía esperar de ellos, cerrarles el paso á la nueva Asamblea era inutilizarlos. No de otra manera la democracia ateniense se defendía de los ambiciosos, y sabido es cuanto influyeron ese tiempo las antiguas costumbres greco-romanas.

Entregar la obra de la revolución á hombres nuevos, era temerario, expuesto á tremendas competencias era dejar en los clubs, cuya importancia ya conocemos, á los hombres de la revolución, pero para los revolucionarios era cuestión de vida ó muerte desarmar y anular á sus adversarios antiguos y nuevos, y por consiguiente cualquiera que fuera el medio que se empleara para conseguirlo, era bueno si daba el apetecido resultado.

Robespierre fué, sin embargo, derrotado el día 3 de Junio de 1791. Tratóse de la cuestión de la pena de muerte, y Robespierre declaró «que no se debía castigar una muerte con otra muerte, un crimen con otro crimen,» y aunque Duport le apoyó esta vez, ya lo hemos dicho, Robespierre fué vencido, y ¡quién había de decir á los que la votaron que la habían votado para sí!

Tras esta batalla libró el diputado por Arras otra de la que salió mejor librado. Después de haberse discutido en los Jacobinos y aprobado la resolución de que se licenciara á los oficiales del ejército como sospechosos de su enemiga contra la revolución, Robespierre trajo la cuestión á la Cámara, y triunfó adoptándose un temperamento parecido al que se tomó por el clero, á saber, que los que no quisieran



La reacción en Nancy

jurar que se opondrían á toda conspiración contra la Constitución, serían retirados del ejército con el cuarto de su paga.

La corte y sus amigos nuevos y viejos en el ínterin volvieron á la política que habían empleado cuando los *Estados generales*, dejaban hacer, ¿á qué oponerse? ¿Acaso todo aquello no había de desaparecer en breve? Esta eterna ilusión de la revancha duraba todavía en la corte, y en honor de la verdad, ésta ponía ahora en los proyectos de fuga la misma dirección que antes ponía en sus planes de golpe de Estado.

Había la reina «pedido al conde de Mercy, dice Sybel probablemente á primeros de Abril, pero después de la muerte de Mirabeau, que se enviaran

á la frontera belga 10.000 hombres destinados á proteger al rey. El emperador Leopoldo había consentido, aún cuando esta nueva complicación le llenaba de inquietud. Temía los percances de una escapatoria, y temblaba ante las consecuencias que podría traer su fracaso. Así, hacía ya meses que buscaba un expediente más seguro. Pensaba con razón que un ataque de los emigrados despertaría en todos los espíritus el temor del regreso del antiguo régimen feudal, y provocaría la cólera de la nación entera contra el rey y á quien infaliblemente se consideraría como el cómplice de tal tentativa. De la misma manera que su hermana, y por iguales motivos, distraía al conde de Artois de la idea del levantamiento que preparaba, y se esforzaba por su

parte, en decidir las potencias vecinas de Francia á una acción común. Esto no era fácil, pues todos los desacuerdos y dificultades que hemos visto producirse en 1790, lejos de apaciguarse, no habían hecho más que crecer. Pero el emperador encontró un poderoso aliado en la persona que, más que toda otra, podía ejercer influencia en este punto, esto es, en el rey de Prusia que se interesaba por Luis XVI y por María Antonieta por puro sentimiento de humanidad y no por la menor idea ó consideración política, asegurado, por otra parte Leopoldo de la

neutralidad de Inglaterra, podía esperar, á despecho de todas las crisis, tener el campo libre para llevar á cabo su plan respecto de Francia.

El plan era de los más simples. Como consecuencia de la pendiente de su carácter y de la certidumbre de la situación actual, lo mismo que por su propia opinión sobre los sucesos que pasaban en Francia, el emperador estaba muy lejos de desear la guerra. Toda su esperanza respecto del fin que deseaba alcanzar la fundaba en la intimidación. Debían ante todo protestar sus primos los Borbones



REWBELY

de España, de Nápoles y de Parma, de la manera como la nación francesa trataba á su rey; luego, para apoyar su protesta debían avanzar á las fronteras tropas de todos lados (y no sólo España sino también la Cerdeña, la Suiza y algunos príncipes alemanes se habían comprometido ya á ello desde el mes de Mayo). Leopoldo se fundaba en el temor que los Jacobinos habían manifestado en 1790 por la guerra, así no dudaba que en vista de su demostración, no implorasen todos los partidos de París la mediación del rey, y que los realistas no se levantasen en masa en las provincias fronterizas, lo que debía suministrar á Luis XVI la posibilidad de mejorar su situación de una manera sensible. En su consecuencia, conjuró á la reina á que sufriera con paciencia los sucesos de París, y no exponerse á los peligros de una tentativa de fuga.

«Ese consejo era, por dicho tiempo (últimos de Mayo) tanto más sensato, cuanto que en el trans-

curso del mes había el cambio de la opinión de los jefes Jacobinos hecho progresos notables. Duport, Barnave, los Lameth se aproximaban cada día más al club de 1789 y de Lafayette; y este cada día tomaba una actitud más hostil contra los demagogos de París.

»Sin embargo, la reina no creía poder contar con seguridad con los nuevos adversarios de Robespierre, no creía poder contar con Lafayette, mejor que con los Lameth. La poca consistencia de sus opiniones se había manifestado sobrado claramente y su fuerza exterior era muy mediocre, desde el momento que dejó de apoyarse en las masas proletarias, para que se pudiera esperar de ellos una reforma completa de la Constitución en el sentido monárquico. María Antonieta no veía, pues, motivo alguno para continuar esperando en París la marcha de los sucesos, como deseaba el emperador